

Carlos Rojas. *¡Muera la inteligencia! ¡Viva la muerte! Salamanca, 1936.* Barcelona, Planeta, 1995, 293 pp.

«¡Muera la inteligencia! ¡Viva la muerte!» Pocos hechos resumen mejor toda la barbarie de la guerra civil española que esta frase famosa de Millán Astray, a la que Unamuno repuso con clarividencia y mesura ejemplares. Por ello la confrontación —el 12 de octubre de 1936 en el Paraninfo de la universidad de Salamanca— entre el aún rector perpetuo y el general fascista cobra valor de símbolo de aquella trágica historia, que encuentra en Carlos Rojas intérprete ideal. A su pasmoso conocimiento de los años de la República y posterior contienda armada une el autor de este libro sus grandes dotes narrativas, y surge un relato tan apasionante como sólidamente documentado.

La trayectoria vital de Unamuno y Millán Astray se expone en el capítulo primero («La hoguera»), base indispensable para un entendimiento de lo ocurrido el día de la Raza. En cuanto a Unamuno, queda constancia de su oposición al fascismo en artículos como «Esa revolución...» (*Ahora*, 11-IV-1933), donde presagia la España de la Dictadura de Franco: «Vendrá la resaca, vendrá el golpe de retroceso», afirma don Miguel (27). Y el 15 de abril de 1936 le escribe a Spiros Melas que en España se enfrentan dos fanatismos: el materialismo, que adora a Lenin, y el culto a la Virgen de la parroquia, los cuales anticipa degenerarán en dos barbaries, la comunista y la fascista. Rojas, con razón, llama a este Unamuno de la España republicana un «vidente inadvertido, [...] incapaz de percatarse de la entera profecía que lleva consigo» (31). Sorprende de hecho, dados estos antecedentes, la adhesión inicial de Unamuno a la causa de los rebeldes. Rojas fundamenta esta adhesión en la creencia unamuniana de que en él sobrevive, tras el estallido de la guerra, un «liberalismo republicano, que espera se imponga en España en cuanto concluyan las hostilidades» (53). Creencia ingenua, desde luego, a la que hay que añadir su equivocado juicio de Franco, en declaraciones de prensa (9-IX-1936), como hombre acaso con buenos intentos pero sometido a ajenas voluntades. La rectificación, sin embargo, se produce en seguida. A Johannes Brouwer, hispanista holandés, que lo entrevista el 29 de septiembre, le dice don Miguel: «No hay cultura que nazca, crezca o prospere bajo un régimen absolutamente militar. Es imposible. Es imposible. Con los militares nada puede prosperar. Son unos botarates» (103).

Menos conocida es la historia de Millán Astray, quien, aunque heroico militar, figura como el antihéroe del relato. Considerado un «fantoche» por Manuel Azaña en sus Diarios (43) y «general esperpéntico» por Eugenio Vegas Latapie (116), Rojas hace un soberbio retrato de este estafalario personaje. Con gran penetración psicológica describe a Millán como restaurador presunto del honor de la familia, tras verse su padre, director de la cárcel Modelo de Madrid, implicado en el crimen que uno de sus presos lleva a cabo. Acusóse al viejo don José Millán Astray de

permitir, mediante soborno, las salidas nocturnas de los encarcelados. Y, aunque absuelto más tarde, hubo de ingresar él mismo en la cárcel, mientras el hijo, un chiquillo, creyó volverse loco. De allí nace la vocación del futuro general, iniciada en la guerra de Filipinas, adonde se lanza, y proseguida en la Legión. En ésta, escribe Rojas, se da «una forma de desmemoria, anterior a la auténtica absolución, donde van a velarse o borrarse los viejos crímenes de los legionarios y aquella deshonra paterna que el hijo hereda y asume sin poder destruirse o negarla» (86). Sin poder destruirse, pues, pese a su bravura, el novio de la muerte no llega a encontrarla. Según indica Rojas, «reservóse la última palabra un destino mordaz, que lo desgarraría y desfiguraría en su parodia manca y tuerta, sin permitirle perecer en el épico campo del honor» (85). Siente, por otra parte, Millán Astray la necesidad de un buen padre, el cual cuaja en Alfonso XIII, Sanjurjo y, por encima de todos, Franco. A la hagiografía del Generalísimo contribuye el manqui-tuerto al replicar en italiano macarrónico a Galeazzo Ciano, tras elogiarle éste la laboriosidad del Duce: «¡Pues il nostro Caudiglio se pasa cuatorce horas in mesa de trabaglio e non se levanta ni pere meare!...» (36).

Perfilados los personajes, Rojas aborda en el segundo capítulo («La fiesta de la Raza») el duelo entre ellos, el «mutilado héroe de las armas» y el «padre supremo de las letras nacionales» (90). Encuentro que revisita proporciones míticas, como el mismo Rojas subraya, a la par que constata que el grito necrófilo emitido entonces será el «estigma indeleble y, por supuesto, el desdoro infamante de la España de Franco» (121). Pero con ecuanimidad que recuerda a la del propio Unamuno, en su actitud distanciada de ambos contendientes, Rojas puede igualmente afirmar: «Cuando [Unamuno] se alce y pronuncie contra la maquinaria represiva del sistema, con un arrojo que nadie va a duplicar públicamente en toda la guerra, no sólo se enfrentará de manera explícita con aquella España sino también con la republicana, donde otros crímenes se perpetúan y prodigan en nombre de opuestos principios políticos» (128).

En este punto se confunden la historia y la novela. Parece, observa Rojas, como si el destino hubiera emplazado aquel sonado día de la Raza, en medio de una guerra civil (o incivil), al intelectual y el militar sediento de muerte, para hacer de ellos dos seres novelescos, dos de esos personajes —agonista y antagonista— que con frecuencia pugnan en los relatos de Unamuno. Una nueva versión de *Abel Sánchez*. Tiene interés que Millán Astray —en testimonio recogido por Rojas— se justificara más tarde lanzando la patraña de que la confrontación entre él y Unamuno había sido preparada de antemano por ellos, para permitir al escritor recluirse en su casa y ponerse así a salvo de quienes pretendían matarlo por desafecto al régimen. Irónicamente, el general se atribuye la fantasía del escritor, su mortal enemigo, e intenta someter a su voluntad unos hechos que la fatalidad le impone. ¿Cómo resarcirse del papel en que la vida nos coloca? Haciendo —y haciéndolo—

se— creer, como Augusto Pérez, que ese papel resulta de nuestro propio designio.

Cierto, Unamuno, en aquella ocasión memorable, pudo mantener su dignidad y difícil le hubiera sido imaginar un encuentro de donde su persona y prestigio intelectual saliesen tan robustecidos. Retirado en su casa, víctima de un arresto domiciliario, no saldrá ya apenas hasta su muerte. Pero la más subida farsa se ceba en él al morir. Sobre su cadáver el vasco empecinado no tiene ya ningún poder. Rojas, que en el capítulo tercero de su obra («El invierno y la muerte») ofrece un cuadro magistral de la Salamanca ocupada por el fascismo —fiesta de máscaras, correaes y camisas azules sucediendo a la fiesta de la Raza—, culmina su relato con la descripción estremeceadora del entierro de Unamuno. Encima de la caja colocan el birrete y la muceta; esto es, le devuelven el rectorado (ahora sí perpetuo), del que el propio Franco lo privó tras haberlo restaurado en el mismo después de haberlo Azaña destituido. Falangistas transportan a hombros la caja así adornada. La función esperpéntica remata en el cementerio a los gritos de «¡Camarada Miguel de Unamuno y Jugo!» «¡Presente!» «¡Arriba España!» «¡Arriba!» Apostilla Rojas: «gritos infamantes y grotescos por un muerto que jamás fue falangista y detestaba el fascismo con toda su alma» (234).

Carlos Rojas ha escrito el libro definitivo sobre un pasaje crucial de nuestra historia. Dos artes no disímiles se aúnan como en pocos en el fecundo novelista barcelonés: historiar y narrar. Vale, además, su obra como antídoto contra el panfleto de Luciano González Egido, *Agonizar en Salamanca* (1986), suma mezquina de improperios contra don Miguel, ya de cuño propio ya de fuentes adictas. Pero prefiero terminar con palabras de Rojas, quien, comentando el deseo de Millán Astray de que en su sepulcro figuren las palabras «Caridad» y «Perdón», bien distintas de «¡Viva la muerte!», concluye su escrito con esta pregunta: «¿pedía perdón a la sombra de aquel anciano inquebrantable por haberlo convencido a él, a José Millán Astray y Terreros, héroe y fante, cuando ya pisaba con pie firme y recta mirada tuerta los altos espacios de la eternidad, que vencer por la fuerza bruta y al precio del crimen nunca, nunca sería persuadir al porvenir?» (242).

Suny at Buffalo

CARLOS FEAL

Helen Graham y Jo Labanyi, eds. *Spanish Cultural Studies. An Introduction. The Struggle for Modernity*. Oxford, Oxford UP, 1995, 455 pp.

Esta obra monumental recoge en el prólogo sus ambiciones y objetivos: ofrecer «materiales españoles traducidos al inglés» a aquellos departamentos interesados en lo español peninsular en universidades europeas. Esta cuidada edición de la OUP lo cubre prácticamente todo en lo que a